

Dialéctica del capitalismo
(un análisis económico)

PRIMERA PARTE

LA EXPANSION COLONIAL

En gran parte de Europa la vida urbana estuvo subordinada al feudalismo rural hasta bien entrado el siglo XIII; la ciudad venía a ser como un anexo del campo. Pero a raíz del fracaso de las Cruzadas comienza la decadencia feudal; y lentamente, con el tiempo, el campo pasa a depender de la ciudad, que va conquistando libertades para dar nacimiento a una burguesía mercantil formada por comerciantes, cambistas y pequeños industriales; una clase social relativamente acomodada que inicia la acumulación de capital bajo incipientes formas capitalistas, bien caracterizadas a partir del siglo XIV.

La producción agraria va siendo absorbida por el mercado; el campesino es explotado y en cierto modo «colonizado» a través de un sistema de intercambios entre el sector urbano capitalista y el sector rural no-capitalista. Un balance bastante equilibrado que al principio proporcionaba escasa plusvalía, pronto llegaría a ser suficiente para estimular el proceso de acumulación en el que los mercaderes —los primeros capitalistas— llevarían la mejor parte.

De todos modos, una economía operando en circuito cerrado dentro del propio país, basada en el desigual desarrollo de la ciudad y el campo, o en la mera explotación del jornalero y el pequeño artesano local, sólo hubiera creado un tipo de capitalismo extremadamente simple, que con toda seguridad se hubiese detenido tras una breve fase de expansión.

La gran fuente de plusvalía capaz de impulsar un vigoroso crecimiento secular y una continuada acumulación de capital, había de provenir de un *mundo exterior*, situado más allá de las fronteras territoriales del angosto mercado interno, que de otro modo, y a no tardar, hubiera languidecido en la inercia de un estado estacionario.

A su hora este mundo exterior entró efectivamente en escena. En las postrimerías del siglo xv Cristóbal Colón abre la época de los descubrimientos geográficos; y tanto él como todos los grandes navegantes de su tiempo encontraron lo que precisamente faltaba: pueblos primitivos con economías no-capitalistas y con escasa aptitud para explotar intensa y metódicamente sus riquezas naturales, muy especialmente las del subsuelo.

Se hizo bien patente el profundo desnivel entre una Europa pequeña, pero activa y emprendedora, y los inmensos dominios recién conquistados, propicios a la explotación. Las naciones europeas de la vertiente atlántica se lanzan, una tras otra, a la gran aventura del colonialismo. Una nueva era de la economía mundial y de la historia humana había empezado: la era dorada del enriquecimiento a ultranza.

Superados los primeros momentos de rapiña y pillaje se abre el camino a la verdadera explotación económica; la metrópoli impone el comercio bilateral en régimen de monopolio, siempre ventajoso para ella, que le permite comprar por debajo de los que hubieran podido ser *precios internacionales de competencia*, y vender por encima de los mismos. Pero si las llamadas «preferencias coloniales» poco o nada beneficiaban a los pueblos nativos, bien es cierto que a su amparo pudieron activar lejanas fuentes de materias primas y cubrir los muchos riesgos de la navegación.

En el fondo, el negocio colonial no podía consistir en otra cosa que la compra de trabajo barato del indígena o del negro importado; pero el flujo regular de beneficios se canalizaba a través de una balanza comercial encubridora de un intercambio totalmente desnivelado a favor de la potencia dominante, que veía acrecentar su capital con efecto acumulativo.

Además, desde la llegada de metales nobles procedentes de América la economía empezó a monetizarse. En las fases tempranas del capitalismo moderno, el sistema mercantilista de los siglos xvi y xvii fue, en realidad, el principio de lo que acabaría siendo una economía esencialmente monetarista que habría de facilitar en gran medida la acumulación de capital. El constante aumento de la masa monetaria sustentaba el proceso de inversión destinado a levantar factorías, crear puestos de trabajo y organizar la administración.

Por aquel entonces las naciones europeas estaban sedientas de capital. La exploración de vastos territorios, las expediciones marítimas y, más tarde, los cambios tecnológicos que habían de sobrevenir, ofrecían oportunidades prácticamente ilimitadas a la inversión de capital. El dinero fue el instrumento idóneo para acometer tales empresas.

Y así se inicia el espectacular desarrollo económico de Europa que habría de proseguir por espacio de cuatro siglos.

Del mercantilismo al industrialismo

La apertura y ampliación de mercados, decisiva para el desenvolvimiento capitalista, favorecía la división del trabajo dando acceso a nuevos métodos de producción. Por la misma fuerza de los hechos el primitivo mercantilismo fue derivando en industrialismo, insinuado tímidamente en Francia por Colbert pero no logrado cabalmente hasta la «revolución industrial» inglesa del siglo XVIII.

A la acumulación de capital se añadía el progreso tecnológico, moviéndose ambos paralelamente para desnivelar aún más las relaciones de intercambio entre metrópoli y colonia.

Por supuesto que la industria fabril había de ser la principal beneficiaria de los descubrimientos científicos que fueron sucediendo a los descubrimientos geográficos. Las manufacturas se desarrollaban a costes decrecientes, elevando el margen de ganancia, acrecentando el ahorro de los capitalistas y la inversión de fondos en capital fijo e instalaciones duraderas. Fue creada la genuina *industria exportadora*, con creciente proporción de inmovilizado, que, por esto mismo, tenía necesidad de contar con mercados más amplios y seguros, capaces de absorber la corriente de producción continua y garantizasen además el suministro regular de materiales baratos.

Cambiando «materias crudas» por «productos labrados» —sea dicho en el lenguaje usual de la época— se instaura un equilibrio permanente asentado en un implacable dominio político-militar.

Pero todavía hay más. Coincidiendo con la expansión industrial debía crecer también la población trabajadora. Las ganancias de los negocios coloniales permitían pagar unos salarios que cubrieran, no sólo el coste de la estricta reproducción de una fuerza de trabajo estacionaria, sino su aumento sostenido, capaz de equilibrar la oferta y la demanda en el mercado laboral de una economía en franco desarrollo.

Resumiendo y concretando. La revolución industrial y la expansión mercantil configuraron el capitalismo moderno, poniendo en clara evidencia que la gran industria ya no podía vender con ganancia en el mercado interior sino una parte de su creciente producción. En adelante no había otra salida que la exportación de excedentes hacia mercados ultramarinos, amplios y seguros.

En cierto modo y en este aspecto, la colonización cabía interpretarla como una gradual extensión del mercado nacional en virtud de la cual territorios periféricos irían cayendo, uno tras otro, en la órbita del núcleo central industrializado.

Porque para Europa, un capitalismo sin colonias se hubiera quedado en un precario sistema, ceñido al dominio del agro por el burgo o a la expoliación de los sectores más débiles y atrasados de la población.

Ahora bien, ampliando la imagen del capitalismo, la expansión colonial reveló la verdadera naturaleza de este sistema económico, eminentemente dinámico, inestable y, en definitiva, transitorio; pues a la larga la misma política colonial acabaría movilizand o aquellas fuerzas que habrían de crearle insalvables contradicciones y llevarle finalmente al ocaso. En una palabra: Con el tiempo el colonialismo llegaría a ser un fenómeno reversible.

Pero esto ya se verá más adelante y a su debido tiempo. No anticipemos. Vayamos directamente a las bases lógicas del sistema capitalista.

ESTRUCTURA Y DINAMICA DEL CAPITALISMO

El multiplicador del capital

En el supuesto de un mercado abierto a la competencia y en régimen de propiedad privada, el capitalismo clásico aparece como un sistema en el que la actividad económica está pendiente de que los empresarios se decidan a invertir; y lo harán siempre que las perspectivas de beneficio cubran el riesgo asumido personalmente por ellos. Habrá necesariamente un tipo mínimo de beneficio por debajo del cual no se hacen inversiones. Es lo que vamos a denominar *tasa de rendimiento marginal del capital*, en virtud de la cual el sistema se escinde en dos partes: un *sector rentable* en actividad, y un *sector no rentable*, con rendimientos submarginales, nulos o negativos, por supuesto condenado al paro.

La tasa marginal de beneficio impone una restricción en el sentido de que los factores productivos operan únicamente dentro de los límites del sector rentable, que, sin embargo, podrá ensancharse o contraerse según las fluctuaciones coyunturales y los cambios tecnológicos, aparte de otras variables secundarias. Por lo que habrá en cada momento una tasa media de beneficio corriente, por encima de la tasa marginal, que variará según la oferta y la demanda de capital; entendiend o que la demanda de capital guarda relación directa con el crecimiento de la economía, y la oferta con el ahorro de la comunidad.

En una economía autárquica o estancada la demanda de capital tendería a decaer hasta situar el beneficio por debajo de la tasa marginal; en tal caso aumentará la cantidad de recursos ociosos o quedarán necesidades sin satisfacer.

Por contra, en una economía abierta al exterior, la ampliación de mercados y subsiguiente expansión del aparato productor hará crecer el producto nacional, alentará la inversión, sostendrá la demanda de capital por tiempo indefinido y con tasas positivas de beneficio, supe-

riores a la tasa marginal, alimentando el proceso continuo de acumulación o autofinanciación.

De todo lo cual se infiere que la tasa de beneficio opera efectivamente como un *multiplicador* que regula el proceso continuo de acumulación, y cuya expresión más simple se halla ya en la antigua fórmula del interés compuesto $(1 + r)^n$, de modo que el capital pueda considerarse retribuido con su propio incremento.¹

Admitido el multiplicador como determinante del sistema, la deducción inmediata es que el capitalismo sólo puede funcionar en proceso de constante expansión, como obedeciendo a una ley de crecimiento ilimitado que le hace incapaz de moverse en sentido inverso. Se deduce igualmente que el colonialismo satisfizo esta condición por espacio de varios siglos; puesto que si el multiplicador rige la *dinámica interna* del sistema, la expansión colonial conforma la *dinámica externa*; dos movimientos, paralelos o convergentes, que aseguran el desenvolvimiento regular del conjunto en los términos de un equilibrio entre metrópoli y colonia, entre el núcleo y la periferia, de un modo análogo como funcionan los ecosistemas físico-biológicos.

Se acelera el multiplicador

En el curso del proceso económico los fenómenos acumulativos —como es el caso de la formación del capital— suelen tener efectos retroactivos que, reforzando las causas, aceleran la marcha del sistema, o sea, el proceso mismo. Tanto es así que desde las primeras etapas de despegue y sobre la vía del progreso tecnológico, lo que acaso pudo ser al principio un multiplicador constante o casi constante del capital, derivó con el tiempo en un *multiplicador acelerado*.

Por una parte, la tecnología tiende a ramificarse, diversificarse y, de hecho, a acelerar su propio avance, mayormente bajo la presión del desarrollo económico. Paralelamente, y obedeciendo al mismo impulso, tiende a aumentar la tasa de crecimiento demográfico (TcD), que en Europa, de un promedio anual del 0'3 % (entre 1650 y 1750) subió gradualmente hasta el 0'9 % (desde 1850 a 1900). En Inglaterra, donde el

1. El concepto usual de «beneficio» responde a un criterio analítico-contable reflejado en la cuenta anual de Resultados por comparación entre los estados inicial y final del ejercicio administrativo. Pero su verdadero significado económico es el de un incremento patrimonial generado según el multiplicador.

Dejando de lado la estática comparativa de la contabilidad y pasando a la dinámica del capitalismo, la rentabilidad de la inversión consiste en multiplicar y acumular capital a través del flujo continuo de la explotación (lo que ahora se denomina *cash flow*).

De todos modos, identificar la tasa de beneficio con la de acumulación sería una simplificación inexacta. Habría que descontar el consumo de los capitalistas y añadir el ahorro de los trabajadores para computar el ahorro total de la comunidad. Del producto anual P , la parte que la comunidad debe ahorrar a para incrementar el patrimonio o capital de la nación C a una tasa g , depende de la relación capital-producto C/P , de acuerdo con la fórmula elemental del desarrollo, $a = g.C/P$.

desarrollo industrial fue más vigoroso, la TcD se elevó al 1'2 % durante buena parte del siglo XIX; y una parecida TcD se anotaba Alemania a partir de 1870 hasta 1913, época que corresponde a su fase de despegue y de progreso económico.

En la mayor parte de Europa occidental, la tasa de crecimiento económico (TcE) fue similar a la TcD en los comienzos del proceso capitalista, para acelerarse aquélla y situarse definitivamente por encima de la TcD. En efecto, la TcE, estimada en el promedio anual del 0'3 % a principios del siglo XVIII (1700-1740), subió pronto al 0'9 %, para superar el 1 % y alcanzar el 1'5 % entre 1770 y 1800, remontando finalmente hasta el 2'5 % entre 1850 y 1913. Por lo que la TcE había, cuando menos, duplicado la TcD en una ostensible aceleración global del proceso.

La comprobación empírica de una aceleración secular sugiere la idea de que si, como quedó expuesto, el sistema liberal-capitalista circunscribe la actividad económica dentro de los límites del sector rentable, siempre cabe el recurso de intensificar el ritmo de aquella actividad para compensar esta limitación.

Por lo que, en un momento dado y sin salirse de la ortodoxia liberal, el gobierno que disponga de los adecuados instrumentos monetarios podrá imprimir a la economía un impulso que acelere su velocidad de giro o de transformación en la medida necesaria para asegurar la rentabilidad de los puestos de trabajo, o lo que es lo mismo: hacer rentable la inversión de pleno empleo.

Pero el capitalismo clásico del siglo XIX no tuvo necesidad de recurrir a semejantes artificios. Sin forzar el desarrollo con inductores monetarios, Europa alcanzaba en el umbral del XX una notable concentración industrial por el efecto convergente de los cuatro vectores esenciales:

- 1) Expansión geográfica por ocupación de los últimos dominios territoriales.
- 2) Acumulación de un potencial económico por el multiplicador del capital.
- 3) Crecimiento exponencial de la población según el multiplicador malthusiano.
- 4) Progreso tecnológico con gradual implantación del maquinismo y la división del trabajo, con rendimientos crecientes y economías a escala.

Se presentía, no obstante, la dificultad —acaso la imposibilidad— de proseguir indefinidamente la marcha sobre la senda de un crecimiento acumulativo a un ritmo acelerado.

Por donde asoman las primeras antinomias

El horizonte económico empezó a ensombrecerse cuando el mercado mundial daba ya señales evidentes de saturación; se estaba llegando al límite de la expansión territorial y la rivalidad entre las grandes potencias iba en aumento. Pesaba también la amenaza de una probable superpoblación y de una próxima escasez de recursos primarios irreproducibles e irrecuperables.

Sin embargo, eran mucho más profundas las causas que iban a comprometer la marcha del sistema capitalista: era el fuerte giro que daban las relaciones político-sociales 1) hacia la emancipación de los pueblos sometidos al dominio colonial, y 2) por la creciente presión sindical hacia la reivindicación de los derechos de la clase trabajadora.

La explotación del proletariado, nacional y colonial, entraba en una fase de franco declive. Y este declinar de la explotación y la consiguiente reducción de la tasa de beneficio llegaría a romper el complejo y problemático equilibrio de la economía capitalista hasta acabar con la estabilidad de los sistemas monetarios basados en el patrón oro.

La explotación del trabajo y el beneficio del capital

Sobre el plano teórico de la economía capitalista, en modo alguno podría asimilarse el beneficio a la estricta retribución del empresario o a la eficiencia diferencial de la empresa. El beneficio, asignado *ex-ante* y de un modo genérico a toda inversión privada de capital, es una categoría absoluta y, por tanto, independiente de las formas o métodos de producción. Pues el empresario-capitalista o empresario-negociante, no es un jefe administrativo, un director técnico ni un simple profesional, sino un sujeto económico decidido a enriquecerse por la única vía posible: la captura de plusvalor mediante la explotación.

La clase trabajadora es explotada a través del salario cuando trabaja, pero también sigue siendo explotada a través del mercado y de los precios cuando consume; y a última hora es nuevamente expoliada cuando ahorra, a través de la inflación.

Por todo lo cual es preferible replantear el problema de la explotación en términos de precios y salarios, considerando ahora el salario como un precio más, el precio del trabajo.

Prescindiendo así de la primitiva doctrina ricardiano-marxiana del valor, el teorema fundamental queda enunciado de un modo mucho más simple: «Una tasa positiva de explotación es necesaria y suficiente para que exista una tasa positiva de beneficio».²

2. Aunque la plusvalía pertenece, por definición, al sistema de valores, la cuota de beneficio pertenece al sistema de precios. Por esto, y aparte de la ambigüedad de la teoría del valor,

Pero cualquiera que fuere la definición de principios, lo importante y decisivo es que el capital sólo puede multiplicarse a cuenta de la explotación sistemática de las fuerzas naturales, la más valiosa de las cuales es la fuerza del trabajo humano; porque sin ella, los demás factores permanecerían en su primitivo estado de estéril inmovilidad.

Para la empresa lucrativa es imprescindible obtener recursos materiales a bajo coste, y esto sólo se consigue disponiendo de trabajo barato; comparativamente barato en relación con los precios finales.

Así pues, sea el patrono que explota al obrero en su propia fábrica o el comerciante que especula libremente en el mercado; sea la primitiva ciudad mercantil que expoliaba al campo; sea, en fin, la metrópoli imperial que explota lejanas colonias y razas extrañas, en todos los casos aparece una constante: la explotación directa o indirecta del hombre por el hombre, o, si se prefiere, de una clase social por otra clase social. De una clase oprimida enfrentada a una clase dominante provista de libertad.

Fue precisamente la Revolución inglesa del siglo XVII la que, proclamando esta libertad, afirmó y consolidó la clase dominante, la burguesía, *liberal pero no democrática*.

El liberalismo burgués, alma del sistema capitalista, reclamaba para sí libertad de comercio y navegación, libertad para contratar y negociar, pero ante todo libertad para explotar. Y esto no podía tener cabida en una verdadera democracia.

Sólo mucho más tarde y como consecuencia de la Revolución francesa del XVIII, llegaría la democracia. Si bien que muy lentamente y a lo largo de un siglo de golpes y contragolpes, pudo al fin cristalizar en partidos políticos y sindicatos obreros, a la vez que despertaba el nacionalismo y el espíritu de independencia entre los pueblos sometidos al yugo colonial.

Aunque el colonizador europeo hizo cuanto pudo para impedir o retrasar la promoción del nativo y la liberación del esclavo, tarde o temprano la explotación colonial habría de tropezar con unos límites, no sólo territoriales y geográficos, sino también sociales y políticos. Algún día habría de romperse el equilibrio entre ambos mundos. El reciente conflicto del petróleo no ha sido más que un episodio tardío del drama económico del imperialismo.

Igualmente, aunque el empresario se opusiera al principio a las rei-

los modernos analistas replantean el problema de la explotación en términos de precios, salarios y beneficios, considerando tanto la explotación directa como la explotación indirecta, pues, con los cambios tecnológicos acaecidos, muchas industrias han visto aumentar sus beneficios sustituyendo trabajo humano por capital fijo, o sea, disminuyendo la explotación directa e intensificando la indirecta a través del mecanismo de los precios, el monopolio y la inflación.

Para estas y otras cuestiones sobre la interpretación actual del marxismo, véase MICHIO MORISHIMA, *Marx's Economics: A Dual Theory of Value and Growth*. Cambridge University Press, 1973. Hay una versión española por Tecnos.

vindicaciones laborales, hubo al fin de reconocer la existencia de sindicatos obreros, prestarse a negociar, ceder y tolerar incluso la participación de los trabajadores en la misma empresa.

La explotación acaba siendo un fenómeno reversible

Políticamente, el capitalismo se asoció a un régimen liberal y constitucional, pero no democrático, que le permitiera una explotación prácticamente irrestricta desde posiciones de fuerza o privilegio, garantizadas por la ley.

Pero había otra ley, la ley dialéctica que gobierna la historia, por la que la explotación generalizada del proletariado, nacional y colonial, acabaría siendo un proceso reversible, en las postrimerías del cual les serían impuestas a las clases dominantes dos graves concesiones a favor de sendas ideologías opuestas: la democracia y el socialismo.

a) Concesión a la democracia, tolerando, por un lado, sindicatos obreros, pagando altos salarios y fuertes cuotas de seguridad social; por otro, accediendo a dismantelar los imperios coloniales y nivelar las relaciones de intercambio. El efecto común de tales claudicaciones no deja lugar a dudas: reducción progresiva de la tasa de explotación y, con ella, de la cuota de beneficio; con lo que *se estrecha el sector rentable de la economía nacional y se agranda el sector no rentable*.

b) Concesión al socialismo. La constante extensión del sector no rentable de la economía nacional ha exigido la constitución, frente al sector privado, de un potente sector público, con toda su constelación de empresas nacionalizadas, capaz de seguir prestando servicios de interés colectivo y mantener en activo los correspondientes puestos de trabajo. En los propios países capitalistas, el sector nacionalizado agrupa actividades con escasa o nula rentabilidad, ajustando su economía mediante la compensación de resultados o con ayuda de subvenciones directas del Estado.

Recordemos, a propósito de estos hechos, que con anterioridad a Marx, la escuela clásica, muy especialmente por parte de David Ricardo, había previsto una reducción secular de las tasas de beneficio, pero no acertó a prever la subida generalizada de los salarios reales. Es por esto que la temática de los salarios merece un análisis más detenido.

*Progreso de la técnica y nuevos avances de la democracia.
Ruptura de la «ley del salario»*

De acuerdo con la teoría clásica —que muchos aducen como base científica del capitalismo— en un mercado laboral abierto rigen salarios de subsistencia, equivalentes al coste de mantenimiento y repro-

ducción de la fuerza de trabajo (*wage market*, *natural wage*). Según la teoría neoclásica, de haber penuria de obreros calificados, el salario podría subir por sobre del nivel de mera subsistencia, mas no por encima de la *productividad marginal* del grupo correspondiente.

Cuanto más avanza la técnica mayor es la demanda de personal especializado, con el consiguiente aumento de la productividad individual; pero la propia técnica aplica, además, métodos de planificación, con procesos programados en los que intervienen factores destinados a combinarse en *proporciones constantes*, que no admiten, por tanto, cambios ni sustituciones durante largos períodos de tiempo. Al reducirse la elasticidad de sustitución entre los factores concurrentes, la misma tecnología impone el sistema de *plantillas fijas* en las que la norma que determina el valor del trabajo ya no puede ser la productividad marginal sino la *productividad media*, necesariamente superior a la marginal, por definición.

Dicho en pocas palabras: Parece que el progreso técnico ha roto la llamada «ley de bronce» del salario (Lassalle). Pero un análisis más detenido nos enseña que la tecnología influye el mercado laboral en dos sentidos opuestos:

1.º *Elevando la productividad media* y el correspondiente tipo de salario para los puestos de trabajo de plantillas prácticamente fijas y relativamente reducidas, en los sectores más modernos y avanzados.

2.º *Reduciendo la productividad marginal* de la mano de obra excedentaria, liberada, o mejor, desahuciada, por el propio progreso técnico, o relegada a los sectores tradicionales donde, presumiblemente, subsisten posibilidades de sustitución y en los que debiera regir, por eso mismo, el principio del rendimiento marginal como norma de valoración del trabajo; aparte de que el exceso de oferta de trabajo pudiera rebajar nuevamente el salario en dirección a niveles mínimos de subsistencia.

Es de suponer que, en nuestra época, semejante desnivel de salarios no sería tolerado. En efecto, un factor político no tardó en superponerse al factor tecnológico; y en nombre de una democracia igualitaria y bajo presión sindical se fue elevando gradualmente el nivel general de los salarios para la totalidad de la clase trabajadora, para aproximarse e incluso equipararse a los altos tipos de retribución ya vigentes en los sectores técnicamente privilegiados.

Por demás, en base a la legislación social y a la acción sindical, una eventual aparición de una fuerza de trabajo sobrante como efecto combinado del éxodo rural y la alta automática, ya no tiene la previsible repercusión a la baja en el mercado de trabajo, prácticamente paralizado respecto a los tipos de salario. O dicho con mayor precisión: En las condiciones políticas actuales los salarios resultan ser *rígidos a la baja*

y elásticos al alza. La relación entre la oferta (desempleo) y la demanda (vacantes) es asimétrica: *las funciones que enlazan ambas magnitudes con la tasa del salario no son lineales*, puesto que el paro retarda el aumento del salario en menor medida que las vacantes lo aceleran.

Considerando, 1) el alza autónoma y autosostenida de los salarios, 2) su determinación no competitiva, fuera del mercado, y 3) asimilando los salarios al sistema de precios, se deduce que han de ser incluidos en la categoría de los *precios fijos* (Hicks), mientras otros muchos factores permanecen aún insertos en el grupo de los precios flexibles.

Esta situación comporta un cierto grado de arbitrariedad, pero no cabe censura moral alguna una vez aceptados los principios democráticos, puesto que *si para el capitalista o empresario hay una tasa marginal de beneficio por debajo de la cual se niega a invertir*, recíprocamente, *para el trabajador sindicado y adoctrinado habrá una tasa «justa» de salario por debajo de la cual se niega a trabajar*.

La empresa, forzada a pagar supersalarios que no responden a la productividad, se defiende elevando los precios; por su parte, el trabajador defiende tenazmente el tipo de vida y pretende mejorarlo aún. La situación así creada conduce a un enfrentamiento entre dos monopolios: uno, por el que las empresas fijan los precios *por encima de los costes marginales*; otro, por el que los sindicatos fijan los salarios *por encima de la productividad marginal*.

Los hechos muestran, sin embargo, que en esta pugna, los trabajadores, con la fuerza de los sindicatos y el respaldo de algunos partidos políticos, van ganando posiciones, de modo que *los ingresos salariales absorben una parte creciente de la renta nacional*.

Pero las consecuencias han sido funestas para la economía capitalista y para la ideología liberal.

En efecto, si las dos variables distributivas —salarios y beneficios— quedan predeterminadas al comienzo del período de producción, ignorando el producto final, con toda seguridad las rentas monetarias rebasarán el producto real al término del proceso ($Rm > Pr$) desencadenando la peligrosa espiral de la inflación. Y la inflación conduce al desastre.

Ciertamente, en los últimos decenios hemos asistido a una fuerte caída de la tasa de explotación del trabajo, pero de acuerdo con el teorema fundamental, a costa de la degradación de las cuotas de beneficio (el excedente neto de explotación), que ha desalentado la inversión y ha provocado el desempleo masivo.

EL PROCESO SECULAR INVIERTE SU DIRECCION

Situaciones conflictivas y síntomas de decadencia

Se ha probado que partiendo de dos hechos primarios (la expansión colonial y la acumulación de capital) la evolución secular del sistema capitalista ha sido influenciada por dos variables relevantes (demografía y tecnología), habiéndose planteado en sus últimas fases graves problemas que comprometen su marcha regular: la regresión colonial y la subida autónoma de los salarios reales, dando origen a la depresión y al paro.

Tecnología y demografía en abierta contradicción

En lo que atañe a la demografía se han confirmado las previsiones malthusianas de un crecimiento exponencial de la población. Para duplicarla ya no hace falta que transcurran siglos; en nuestra época bastan menos de 50 años.

Pero además del aumento absoluto fue aumentando también la parte de población activa y, dentro de ésta, la proporción de asalariados, que ha superado ampliamente el 70 % para aproximarse al 80 % y aun rebasarlo en algún país (Estados Unidos). Esta creciente proporción de asalariados en la población económicamente activa, se debe tanto a los requerimientos de la organización y de la tecnología como a la atracción de los elevados salarios y su complemento de prestaciones sociales.

Precisamente, ante la subida informal de los salarios, la investigación tecnológica ha orientado su esfuerzo hacia aquellas innovaciones susceptibles de ahorrar trabajo humano. De todo lo cual se derivan los siguientes efectos:

a) El trabajo resulta comparativamente caro; su demanda tiende a disminuir.

b) En unos casos la tecnología avanzada ha provocado la supresión pura y simple de puestos de trabajo, con despido de personal.

c) En los demás casos ha impuesto una creciente inversión de capital por cada puesto de trabajo mantenido en activo. La relación capital-trabajo (C/T) va en constante aumento por la aplicación generalizada de la automática, que resulta comparativamente barata.

d) La contradicción entre 1) un movimiento hacia el aumento absoluto y relativo de la población asalariada, y 2) una técnica que sustituye el trabajo humano por un empleo más intenso del capital, ha tenido como previsible desenlace el desempleo crónico.

e) Dado el incremento continuado de la relación C/T , el pleno empleo requeriría enormes y crecientes inversiones de capital. Diseñe-

mos por Ie aquella masa o flujo de inversiones capaz de mantener el pleno empleo cualesquiera que fueren las condiciones de trabajo.

La magnitud Ie intervendrá más adelante en el análisis.

Otra contradicción: costes crecientes y beneficios menguantes

La subida autónoma de los salarios está en origen del encarecimiento de los componentes materiales de los costes de producción. Y esto sucede mientras las fuentes clásicas de beneficio se fueron cegando e incluso extinguiendo, de un modo especial por lo que hace referencia a las rentas importadas de los dominios coloniales. En pocas palabras: La reivindicación del proletariado nacional gravita sobre los costes en sentido alcista; la descolonización deprime los beneficios del capital. Por lo cual, la depresión económica post-colonial ha de reducir las oportunidades de inversión, estrechando el sector rentable de la economía nacional.

Bajo este signi depresivo, designemos por Ir la masa o flujo de inversiones que conserva todavía la rentabilidad suficiente, es decir, mayor que la tasa mínima practicable o tasa marginal.

Ahora bien, costes crecientes y beneficios menguantes colocan a la economía capitalista ante un trágico dilema por el que la inversión ha quedado disociada en dos magnitudes teóricamente separables: la inversión rentable Ir , y la inversión de pleno empleo Ie .

Existe la posibilidad —pero nada más que la posibilidad— de que la inversión rentable alcance a cubrir el pleno empleo, pero la probabilidad de garantizarlo de un modo permanente podría ser muy baja en determinadas condiciones. En la hipótesis de un perfecto equilibrio $Ir = Ie$, pero si $Ir > Ie$ habría escasez de mano de obra, y, evidentemente, si $Ir < Ie$ aparecerá el paro forzoso.

En la situación a que se ha llegado, caracterizada por 1) aumento de la población asalariada, 2) alza generalizada de los salarios, 3) sustitución gradual del trabajo por capital fijo, y 4) regresión de la tasa de beneficio, necesariamente $Ir < Ie$.

Lo que dicho con otras palabras puede expresarse así: Con el paso del tiempo, las variables esenciales evolucionan de tal modo que la inversión rentable de capital privado, o, si se prefiere, el sector rentable de la economía nacional, *sólo podrá ocupar una fracción decreciente de la población asalariada.*

Es la secuencia obligada de unos costes crecientes enfrentados a unos rendimientos decrecientes.

Recapitulación

Desde el origen de los tiempos el mundo presentó grandes desigualdades: en la atribución del poder político, en la distribución de las riquezas, en las formas de producción y en las aptitudes científicas. Estas disparidades crearon condiciones propicias a la explotación de unos hombres por otros. A cuenta de una explotación generalizada y sistemática pudieron acumularse ingentes masas de plusvalía, y con ellas se construyó el capitalismo.

Toda tendencia que, en nombre de la democracia, trate de igualar o nivelar las clases sociales, las razas, los pueblos, las regiones y las naciones, actúa contra la economía capitalista en la medida que reduce el grado de explotación y, por tanto, la oportunidad de obtener beneficios a la escala necesaria y suficiente para mantener la dinámica del sistema al nivel de pleno empleo.

Con esto, la dialéctica del capitalismo empieza a perfilarse con toda su cruda realidad, polarizada en dos fases históricas de ascensión y decadencia.

I. En su fase ascendente, la apertura y ampliación de mercados abrió la vía a un crecimiento autosostenido bajo el signo de los rendimientos crecientes. Con el progreso tecnológico y la división del trabajo crecía la demanda de capital, y la fuerza laboral era absorbida íntegramente por un aparato productor en expansión. Disponiendo de recursos abundantes y trabajo barato el equilibrio económico estaba asegurado, con sólo perturbaciones periódicas de carácter cíclico y, por lo general, de corta duración. La estabilidad del sistema monetario estaba garantizada por el patrón oro.

II. En la fase descendente, habiendo aumentado el número y el poder de las potencias capitalistas concurrentes, el mercado mundial empezó a dar señales de saturación; sufría los efectos de la superproducción y la supercapitalización, de un excedente de capacidad instalada, mientras la oferta de ciertos factores escasos se volvía rígida y disminuía el grado de explotación del trabajo humano. El sistema capitalista entraba en el área de los rendimientos decrecientes, los costes crecientes y los beneficios menguantes, para caer finalmente en la depresión y el paro.

El déficit se iba agravando, crecía la carga financiera y el patrón oro llegó a ser inservible e insoportable.

Entre estas dos fases de signo opuesto hay que situar la primera Guerra Mundial.

Dialéctica del capitalismo (un análisis económico)

SEGUNDA PARTE

LA GRAN DEPRESION POST-COLONIAL

Dentro del orbe capitalista, Inglaterra, que por su «vocación imperial» fue el paradigma de potencia colonialista, se había erigido en «taller y fábrica del mundo» a partir de la revolución industrial. Sintiéndose segura de sí misma, abrió el camino hacia el librecambio que había de alcanzar el apogeo entre los años 1860 y 1880. Todavía en 1870 la capacidad industrial del Reino Unido representaba el 31'8 % de la mundial, frente al 23'3 % de los Estados Unidos y el 13'2 % de la naciente Alemania. Pero hacia fines de siglo debió renunciar a la hegemonía y resignarse a quedar definitivamente en tercer lugar.

A partir de este momento arrecia la competencia por la conquista de mercados, se desvanece el ideal del librecambio para dar paso a la era de los monopolios. Se intenta inútilmente repartir el mundo en «zonas de influencia» por la vía pacífica.

La situación se hacía verdaderamente conflictiva. Mientras el núcleo central, formado por las potencias industriales, se agrandaba, la periferia colonial, no sólo encontraba sus límites, sino que apuntaba una clara tendencia a la emancipación.

La rivalidad dentro del bloque imperialista iba en constante aumento hasta llegar al punto crítico; y la guerra que se venía presintiendo estalló efectivamente en agosto de 1914.

La crisis post-bélica

Durante las hostilidades, países de ultramar habituales importadores de productos manufacturados, aprovecharon la oportunidad para industrializarse y preparar su independencia. En cambio, para los beligerantes la guerra significó la pérdida de muchos mercados por los que, en el fondo, se estaba luchando. Tanto fue así que las décadas que siguieron al armisticio padecieron una grave contracción del comercio mundial, expresión de la profunda crisis que se abatía sobre el sistema capitalista.

La guerra había cortado no pocos canales del tráfico comercial. Las naciones trataron de autoabastecerse, como habían hecho ya durante el conflicto bélico, inclinando la política hacia un recrudecimiento del nacionalismo económico. Los países agrícolas promovieron la implantación de industrias nuevas, pero tropezaban con crecientes dificultades para exportar su producción primaria. Por otra parte, los países industriales estimulaban su producción agraria bajo la protección de elevadas tarifas aduaneras y precios artificiales.

Este régimen proteccionista mostró ser del todo antieconómico, pues tanto la producción agraria como la industrial se obtenían en condiciones peores que las que imperaron hasta 1914. Ambas producciones debían soportar costes más gravosos y habían de venderse a precios más altos, contribuyendo a la depreciación de las monedas que, iniciada con la guerra, culminaría en el caos financiero de 1923 y la crisis de 1929.

Ante una situación que se iba degradando visiblemente cabía un supremo intento de retornar al orden monetario de 1914 mediante la restauración del patrón oro y las paridades fijas. La otra alternativa consistía simplemente en ir adaptando al oferta monetaria al movimiento alcista del binomio precios-salarios.³ La experiencia demostró pronto que esta última solución era la única practicable.

Fueron dos hechos cruciales, íntimamente vinculados entre sí, los que dieron la imagen exacta del momento que atravesaba la economía capitalista: 1.º el fracaso de la tentativa británica de restaurar el patrón oro (1925-1931); 2.º el éxito insólito de la doctrina keynesiana, encaminada a lograr el pleno empleo a cualquier precio.

3. En 1929, en vísperas del hundimiento de Wall Street, los precios mundiales eran, por término medio, un 40 % más altos que antes de la guerra.

LA «PRORROGA» KEYNESIANA

Reactivación del sistema

Keynes se opuso a la restauración del patrón oro porque se daba perfecta cuenta de que era ya imposible volver al *statu quo* anterior a la guerra; lo que equivale a decir que era ya imposible prescindir del efecto activador de los flujos monetarios y de la expansión sostenida del crédito. Por muy doloroso que fuera había que renunciar a los «dogmas clásicos» para dar mayor elasticidad a la oferta monetaria de acuerdo con los requerimientos de una economía a la que era urgente sacar de la depresión.

Ante el dilema de escoger entre *salvar el sistema capitalista o salvar el sistema monetario*, la elección no era dudosa para Keynes.

Porque una vuelta al patrón oro, imponiendo restricciones sobre las magnitudes monetarias, habría agravado la depresión y el paro. Por demás, dada la rigidez de los salarios nominales (monetarios), ningún gobierno hubiera sido capaz de reajustar a la baja los ingresos de la clase obrera. Parecía mucho más factible reducir, de un modo indirecto, los salarios reales a través de la movilidad de los precios.

En cambio, una política monetaria «permisiva» facilitaba la reactivación, abriendo una «prórroga» que brindaba al capitalismo la única posibilidad de sobrevivir.

Ahora bien, lo de «una mayor elasticidad de la oferta monetaria» no pasa de ser una expresión muy académica para designar la inflación; y el efecto inmediato de la inflación es que, implicando una pérdida gradual del valor de la moneda, invita a desprenderse de ella prontamente, con lo que no sólo aumenta la cantidad de dinero circulante sino su velocidad de circulación (*the income-velocity of money*, según el propio Keynes). Lo cual equivale a una *aceleración monetaria del multiplicador* propagándose a las magnitudes básicas renta-gasto-inversión.

Los multiplicadores de Keynes y de Kahn

La irrupción de la teoría keynesiana puso en evidencia unas verdades cuya realidad no era posible ignorar:

1.^a El sistema capitalista se resistía a entrar en estado estacionario e intentaría proseguir la marcha ascendente por todos los medios. Trataría de seguir creciendo incluso después de haber desaparecido la causa material y la razón histórica del crecimiento. Keynes descubrió

que aún quedaban recursos inéditos e ideó los medios instrumentales para aprovecharlos.

2.^a La contracción del comercio internacional y la pérdida de mercados ultramarinos podía contrarrestarse con una vigorosa activación —mal que fuera artificial— del mercado interior, promoviendo el consumo privado y el gasto público.

3.^a Se confirmaba una vez más que el capitalismo no puede desprenderse de algo que le es consubstancial: el multiplicador. Y un sistema basado en el multiplicador no puede volverse atrás; el sentido de su marcha es irreversible. Pero si, como ya se indicó oportunamente, es posible acelerar el multiplicador por medios políticos, lo que propuso Keynes fue precisamente *una aceleración monetaria del multiplicador*.

Para salir de la Gran Depresión ya no bastaba, evidentemente, el multiplicador natural; había que ingeniar un segundo multiplicador, un multiplicador-inductor, capaz de imprimir un fuerte impulso a la economía con influencia decisiva sobre el empleo.

Aunque el multiplicador primario o «clásico» se limitaba a acumular plusvalía para formar capital, su acción se fue acelerando desde el origen y con el transcurso del tiempo. El nuevo multiplicador de Keynes era, en realidad, *un multiplicador ultra-acelerado*, de carácter exógeno, el cual, aplicado a las variables fundamentales las haría remontar hasta situarlas a nivel de pleno empleo.

El multiplicador keynesiano muestra que la renta y el empleo dependen de la inversión. Admitido que ésta puede inducirse por medios políticos —ejecución de obras públicas, por ejemplo— todo incremento de la inversión, pública o privada, crea nuevas rentas e incrementa la demanda, lo cual realimenta la inversión, y así sucesivamente.

Es más, si el capital se invierte en determinados sectores el efecto puede ser más intenso y profundo todavía, pues existen industrias de las llamadas «industrializantes» que tienen repercusión positiva sobre otras situadas antes y/o después de aquéllas (construcción naval, fabricación de automóviles, edificación de viviendas...). Este efecto derivado lo recoge el multiplicador inter-industrial de Kahn, que en el fondo es un multiplicador del empleo, por cuanto permite medir el influjo de un incremento dado del empleo en la industria de inversión sobre el volumen total de empleo.

Existía pues un «potencial de pleno empleo» y se disponía de un programa de política económica para movilizar recursos ociosos. Ha de reconocerse que la acción combinada de los multiplicadores Keynes-Kahn consiguió mantener prácticamente el empleo durante los años que siguieron a la segunda Guerra, desde 1946 hasta 1974. El resultado puede considerarse satisfactorio si se compara con la agobiante situación reinante en el período interbélico 1920-1940.

El pleno empleo fue un objetivo pero no la finalidad

De lo que antecede podría deducirse que el pleno empleo fue el objetivo cardinal de toda la filosofía keynesiana. Esta interpretación sería inexacta e incorrecta. La verdadera finalidad que perseguía lord Keynes era la sobrevivencia del régimen liberal-capitalista. Si puso el acento sobre el problema del empleo es porque una gran masa de parados representa la peor amenaza para la sociedad burguesa y para el propio capitalismo. Preconizó la participación del Estado porque sabía muy bien que la sola inversión privada era ya incapaz de sostener el pleno empleo, pero ejerciendo especial vigilancia para impedir que el sector público absorbiera el sector privado hasta desfigurar la imagen del sistema.

Era tan urgente eludir el estado estacionario como alejar el espectro del socialismo. En cualquier caso podría tolerarse una economía mixta que *socializara las pérdidas mientras privatizaba las ganancias*. Por lo que el sector rentable de la economía nacional debía asumir la tarea principal de la reactivación, y para ello era indispensable recomponer las tasas de beneficio reconstruyendo de algún modo el potencial de explotación. Pues de la explotación sale el beneficio.

Lo que se ha querido llamar neo-capitalismo, capitalismo popular o economía social de mercado, son eufemismos que no cambian la naturaleza de las cosas. El empresario-capitalista seguía y seguirá siendo un comprador de trabajo barato y un vendedor de mercancías caras.

Sin embargo, ya en pleno siglo xx, se le planteó a Keynes un difícil problema, ¿cómo abaratar el trabajo en una época de constantes reivindicaciones sociales?

Se necesitaba mucho ingenio para restaurar e intensificar la explotación del trabajador. Pero a Keynes no le faltaba.

He aquí su estrategia:

a) Una política monetaria expansiva permitiría a la empresa subir regularmente los precios con el fin de sanear sus ingresos y recomponer la tasa de beneficio.

b) Al trabajador se le respetaría el salario nominal. Si se negaba a aceptarlo y dejaba de trabajar, sería considerado como parado «voluntario», o sea, un simple ocioso abandonado a su suerte.

Dicho con otras palabras: De un modo velado se proponía a la clase obrera el sacrificio de una parte del salario real a cambio de una garantía de pleno empleo.

Como era de esperar esta falacia no tuvo éxito. A cada aumento de precios los sindicatos responderían con alzas de salarios, poniendo en marcha la viciosa espiral de la inflación.

Cierto que al principio una suave inflación ejerció un efecto positivo sobre el empleo. Se llegó a establecer incluso una correlación entre paro

e inflación, que la curva de Phillips trató de representar. Sin embargo, la experiencia reciente ha demostrado que la curva de Phillips es, simplemente, la expresión convencional de una regularidad empírica y, sobre todo, variable.

Durante bastantes años pareció que, en efecto, el pleno empleo podía «comprarse» con dosis moderadas de inflación; pero fatalmente debía llegarse a un punto en que tanto la inflación como el paro resultarían ya incontrolables. Ahora, la curva de Phillips es una pieza inservible.

Keynes temía la reacción obrera. En su intimidad presentía que los sindicatos le harían fracasar. Los hechos han confirmado plenamente sus temores.

El imperialismo contemporáneo

Fallido el intento keynesiano de redoblar la explotación del proletariado nacional, cabía un último recurso: restaurar la explotación colonial bajo nuevas formas.

En realidad, después de dos grandes guerras, sólo se había logrado una liquidación parcial o nominal del colonialismo. Quedaban restos de los antiguos imperios ultramarinos, subsistían vínculos económicos con las metrópolis, obstinadas en conservar posiciones de ventaja heredadas del pasado; pero, sobre todo, había grandes reservas de mano de obra barata diseminada en todo lo ancho del Tercer mundo.

El enorme desnivel salarial (*dual wage system*) entre el mundo capitalista y las naciones subdesarrolladas creaba condiciones propicias a un neo-colonialismo basado en el *intercambio desigual*. Los países imperialistas comprarían productos primarios a bajo precio y venderían novedades técnicas con alta proporción de valor añadido. Los monopolios capitalistas podían presionar a los países dependientes para obligarles a vender barato, con lo que se anulaba desde la base cualquier intento de mejorar los salarios indígenas.⁴

No obstante, las grandes empresas industriales aprovecharían todas las oportunidades para exportar maquinaria y bienes de equipo llevando incorporadas las técnicas más eficientes, con lo que han fomentado la industrialización de una buena parte del Tercer mundo (Sudeste asiático, Hispanoamérica) que en pocos lustros se ha convertido a su vez en exportador de variados productos.

Esto explica la sobresaturación actual del mercado mundial. La exportación forzada de unos (*dumping*) tropieza con las medidas protec-

4. A. Emmanuel, *El intercambio desigual*. Siglo XXI, Madrid, 1973.

O. Braun, *Comercio internacional e imperialismo*. Siglo XXI, Buenos Aires, 1973.

E. Kleiman, *Trade in the decline of colonialism*, «The Economic Journal», núm. 343, septiembre, 1976.

cionistas de otros, en tanto que los reiterados intentos de interpenetración mutua entre las mismas economías capitalistas da origen a constantes y agrias querellas sobre tarifas aduaneras, licencias de importación y paridades monetarias.

El propósito de recolonizar los pueblos rezagados podría ser otro intento fallido y, en última instancia, contraproducente para el propio capitalismo.

La previsible reacción del Tercer mundo se va perfilando con el paso del tiempo, concretándose en cuatro aspectos principales:

1.º Partiendo del principio de que las riquezas naturales pertenecen por derecho propio al país en donde radican, se ha procedido a la nacionalización de empresas extranjeras con fórmulas equivalentes, en ciertos casos, a una confiscación pura y simple.

2.º Aunque el imperialismo trató siempre de obstruir el desarrollo de las fuerzas productivas de las zonas dependientes, muchos países atrasados se van transformando en economías industriales que, después de la fase de transición y despegue, se han convertido en exportadoras de manufacturas.

3.º El Tercer mundo está creando organismos especializados para la revalorización de los productos primarios. El movimiento partió de la Conferencia de Bandoeng (1955) y ha culminado con la crisis del petróleo (1973). La relación de intercambio tiende a nivelarse.

4.º La mayoría de los países subdesarrollados se han beneficiado de cuantiosos créditos y ayudas financieras difícilmente reembolsables, que representan pérdidas parciales pero efectivas para el mundo capitalista.

Cinco lustros de falsa prosperidad

Tanto las ideas keynesianas como la presión imperialista revelan por igual el instinto de conservación de las viejas estructuras; pero el capitalismo no sólo quiso sobrevivir sino que, por pulsión endógena, pretendía además seguir creciendo mediante artificios monetarios instrumentados políticamente.

El abandono de las normas restrictivas de la economía clásica ampliaba enormemente la capacidad de maniobra de la política monetaria y daba mayor elasticidad al sistema económico. No puede negarse que una inflación moderada y controlada tiene, al principio, el saludable efecto de una droga estimulante: abre prespectivas inmediatas de beneficios, crea rentas y plusvalías, refuerza la demanda e incrementa el consumo, alienta la inversión, permite cubrir el gasto público e incluso favorece el progreso técnico.

La inflación creó también una nueva mentalidad, que se iría pola-

rizando en un optimismo colectivo, contagioso e irreflexivo, bajo el cual era sumamente difícil distinguir el progreso real de la prosperidad ficticia.

Pero de cualquier modo que se quiera interpretar, lo cierto es que después de la segunda Guerra mundial, superada fácilmente la fase de reconstrucción, el mundo capitalista ha vivido una época de prosperidad «sin precedentes» que ha durado, poco más o menos, un cuarto de siglo.

En esta fase del capitalismo concurrieron cinco factores decisivos:

1.º Bajo el impulso del multiplicador keynesiano, economías que se consideraban a sí mismas como ya desarrolladas alcanzaban tasas de crecimiento desconocidas en el pasado.

2.º El Estado asumiría su parte de responsabilidad en el mantenimiento de la alta coyuntura.

3.º La tecnología estaba logrando nuevos y espectaculares avances, parcialmente derivados del esfuerzo bélico pero incorporados rápidamente a la industria civil.

4.º El crecimiento demográfico compensaba largamente las pérdidas humanas habidas durante la guerra.

5.º El Tercer mundo, que apenas había iniciado su incipiente fase de industrialización, seguía ofreciendo materias primas a bajo precio y, sobre todo, petróleo abundante y barato. Persistiría durante muchos años la transferencia hacia el mundo capitalista de una corriente de beneficios extraída de los países rezagados a través del intercambio desigual.

Sin embargo, en esta segunda época del capitalismo, lo mismo que en la primera, el agente fundamental del crecimiento es siempre el multiplicador. Toda la política de los últimos treinta años no ha sido otra cosa que una constante adaptación del sistema económico al multiplicador de Keynes, que ha eclipsado completamente el primitivo multiplicador del capital. Pero, aunque el nuevo multiplicador debía aplicarse a las magnitudes básicas renta-gasto-inversión, en la práctica ha incidido preferentemente sobre el sector financiero, convirtiéndose en un multiplicador de las disponibilidades líquidas y, en definitiva, de la masa monetaria, que ha tomado al fin un sesgo claramente inflacionario. Cuando la inflación alcanza cotas superiores al 20 % se hace realmente insoportable en tanto desorganiza el engranaje de la economía nacional.

En la segunda fase, la inflación se caracteriza por el fuerte incremento de los costes de producción con la correspondiente erosión de las tasas de beneficio, el desaliento de la inversión y la aparición del desempleo masivo. Cambia radicalmente el signo del proceso, anulando por completo el efecto estimulante de la fase inicial.

Los efectos del multiplicador de Keynes han sido, ciertamente, mucho más espectaculares, pero también es cierto que han sido mucho más breves.

El ocaso de la experiencia keynesiana

El capitalismo declina cuando, perdiendo su capacidad de producir beneficios reales, ve reducir las oportunidades de inversión. Los beneficios ficticios generados por la inflación han sido, de hecho, un consumo de capital; por lo que, después de un breve período de prosperidad (1950-1973), el sistema económico ha recaído en la crisis.

Los beneficios reales fueron disminuyendo a medida que se iban reduciendo las tasas de explotación. El efecto inmediato de la disminución de beneficios es *la contracción del sector rentable de la economía nacional*, fenómeno frente al cual queda el recurso de intensificar su actividad *acelerando la velocidad de giro y transformación*. Esto es lo que logró precisamente *el multiplicador ultra-acelerado de Keynes asociado al multiplicador inter-industrial de Kahn*.

Esta aceleración era imperiosa y del todo obligada: Si el empleo es función de la inversión, ésta es a su vez función de la cuota de beneficio; y el beneficio es función de la tasa de crecimiento (TcE), puesto que el incremento de la renta nacional (Pnb) eleva la demanda de capital, el tipo de interés y la tasa de beneficio (Pasinetti), o mejor, eleva las perspectivas de ganancia (*the prospective yield of capital*, según expresión de Keynes).

Si, además, la tasa de beneficio ha de compensar la depreciación de la moneda, habrá de añadirse la tasa de inflación en cada punto del tiempo; porque, evidentemente, en términos monetarios la tasa nominal de beneficio es igual a la tasa real más la tasa de inflación. Por lo que la TcE ha de ser tanto mayor cuanto más alta sea la tasa de inflación; o más exactamente: *mayor habrá de ser la diferencia entre la TcE y la TcD*.

Esto último es lo que demuestra la experiencia reciente. Mientras la fuerza de trabajo crecía a una media anual del 1 % el sistema económico (el Pnb) lo hacía a tasas superiores al 5 %. O sea: En las postrimerías de la década de los años 60 y comienzos de los 70 se llegó a un extremo en que había que consentir tasas de inflación del 10-15 % para sostener tasas de crecimiento no menores del 5 %, necesarias a su vez para mantener el empleo de una población asalariada que aumentaba sólo a razón del 1 %. Tasas de crecimiento inferiores al 5 % originaron un rápido aumento del desempleo. La tasa de inflación representaba el duplo o el triplo de la TcE, y la TcE era cuatro o cinco veces mayor que la TcD.

Sólo acrobacias económicas de este tipo podían dar razón de *un alto nivel de empleo con altos salarios*.

Durante esta última y sospechosa etapa del capitalismo se forzó el crecimiento hasta límites insospechados.⁵ provocando la hipertrofia del aparato productor y el engrosamiento del sector terciario, principal beneficiario, este último, de la inflación.

Llevados a tal extremo, la superproducción, el gran consumo y el gasto superfluo comportan un derroche antieconómico de recursos naturales que acelera peligrosamente el agotamiento prematuro de las reservas mundiales.⁶

Por un lado el multiplicador keynesiano sigue todavía sosteniendo el proceso; por otro, los costes crecientes presionan sobre la producción. La resultante se mueve invariablemente en sentido alcista, digamos inflacionista.⁷

Ahora bien, aunque la inflación sólo es capaz de crear beneficios ficticios y rentas nominales, lo cierto es que resuelve *momentáneamente* los conflictos de intereses, de que es tan pródiga una sociedad dividida en clases. Pero los ajustes y reajustes son siempre a corto plazo, puesto que se hacen exclusivamente dentro del marco de simples «expectativas coyunturales» que nunca fueron verdaderas previsiones de largo alcance. Pues, precisamente, a largo plazo los efectos de la inflación cambiarían de signo: en vez de movilizar recursos ociosos paralizan la economía o la deslizan por la senda catastrófica.

Efectividad decreciente del instrumental político

Pese a todo, la catástrofe no acaba de estallar. Y es que la política económica dispone de un arsenal de instrumentos y de métodos sumamente refinados para combatir la crisis.

5. Entre los grandes países capitalistas Inglaterra es el que, comparativamente, ha experimentado el desarrollo más lento en el lapso de un siglo, pese a lo cual la formación bruta de capital fijo, que representaba una media anual de sólo el 6 % en el período 1870-1913, se elevó al 15 % después de la segunda Guerra mundial, entre 1952 y 1975, y hubo año en que llegó hasta el 19 %.

A partir de 1960 Japón duplicaba estas cifras.

6. Durante el siglo pasado la fundición de acero fue creciendo hasta los 40 millones de toneladas en el último año (1899). En vísperas de la primera guerra mundial se habían superado ligeramente los 75 millones; y luego, en el período interbélico (1918-1938) los veinte países capitalistas más importantes sólo rebasaron en tres ocasiones los 100 millones, pero en 1974 habían alcanzado a 470 millones, cifra máxima registrada hasta el presente.

7. Los costes crecientes agravan ciertamente la inflación, pero no debe verse en ellos su causa principal.

El origen de la inflación hay que situarlo en el empeño de hacer rentable la inversión de pleno empleo con altos salarios y, en general, bajo unas condiciones que no responden a la realidad. Dada la cantidad de fuerza de trabajo disponible, la orientación de la técnica, el proceso descolonizador y la situación de los mercados, un alto nivel de empleo con altos ingresos, salariales y no-salariales, sólo es posible en condiciones ficticias y por tiempo limitado.

Estaba por ver hasta cuándo esta política podría prorrogar la acción todavía positiva del multiplicador keynesiano al amparo de medidas combinadas de activación-estabilización.⁸ Aunque no hubo jamás un verdadero equilibrio se conseguía compensar el desequilibrio. Pero desde 1974 los gobiernos han ido perdiendo el control de la coyuntura.

Sujetos a la ley inexorable de efectividad decreciente de toda terapia, los medios artificiales se muestran ya impotentes: tanto la inflación como el paro acaban siendo incontrolables. El multiplicador se detiene y el proceso se estanca.

Recapitulando lo que antecede, el encadenamiento causal de la inflación se ordena en estos cinco momentos:

1.º En el comienzo, tasas soportables de inflación relanzaron la economía deprimida, que recupera el dinamismo perdido.

2.º La inflación hace subir el tipo de interés y la tasa marginal de beneficio, dos variables vinculadas entre sí, pero que al subir ambas estrechan el área del sector rentable de la economía nacional.

3.º La contracción sufrida por el sector rentable se compensó acelerando su marcha mediante el multiplicador complejo Keynes-Kahn.

4.º La aceleración del proceso, para mantenerlo al nivel de pleno empleo, obligó a aumentar las tasas de inflación, desencadenando la espiral precios-salarios.

5.º El efecto acumulado de tasas crecientes de inflación, invalida a largo plazo los mecanismos de estabilización. La política económica ha ido perdiendo efectividad hasta alcanzar el punto crítico, a partir del cual el multiplicador cambia de signo y se transforma en un reductor con efecto igualmente acumulativo.

ULTIMA ETAPA DE UNA LARGA HISTORIA

La depresión post-keynesiana

Después de porfiar reiteradamente en su tendencia secular, al fin el mundo capitalista ha debido admitir lo inadmisible y tolerar lo intolerable, esto es, la detención del proceso de crecimiento y la aparición de tasas negativas en algunos parámetros fundamentales.

Fue después de la Primera Guerra Mundial. Lejos de replegarse, como lógicamente correspondía, en dirección al estado estacionario y adaptarse a él metódicamente, el capitalismo quiso desafiar el destino y recobrar el dinamismo perdido, a toda costa.

8. Los denominados «estabilizadores automáticos» incluyen correctivos fiscales y transferencias de renta, inversiones públicas y subsidios estatales, control de precios y control de la masa monetaria, ajustes de la paridad exterior, política presupuestaria, etc...

Hasta cierto punto se explica esta obsesión por el desarrollo a ultranza porque el aparato capitalista *carece de mecanismos reguladores propios para pasar de un régimen inestable a un equilibrio estable y duradero*.

Por esto se creyó haber descubierto en el multiplicador de Keynes el secreto de un crecimiento autosostenido capaz de ampliar constantemente el mercado e incluso restaurar los rendimientos crecientes (Nicholas Kaldor). Bastaría promover la expansión de la renta nacional y forzar la demanda global elevando la propensión a consumir.

Por el lado de la oferta se esperaba que la técnica iría alumbrando innovaciones de un modo regular, creando nuevas necesidades dentro del propio mercado que acaso pudieran compensar la creciente dificultad de exportar. Keynes, que temía a los sindicatos obreros y dudaba de la misma ciencia económica, puso sus mejores esperanzas en el progreso tecnológico, que, según él, debía acabar con la crisis, la escasez y la pobreza. Pero fingió ignorar que *con recursos materiales limitados y medios políticos también limitados es imposible un crecimiento ilimitado*.

La caída final habría de sobrevenir fatalmente al cruzarse, en el punto crítico, fenómenos reversibles con un proceso que pretendía ser irreversible. A la gran depresión post-colonial se sumaba ahora —como lloviendo sobre el mar— la depresión post-keynesiana. Puesto que si el colonialismo tropezó con sus límites, era de prever que la marea inflacionista encontraría también los suyos.

Dos hechos reveladores de esta crisis post-keynesiana se están produciendo en la Europa Occidental:

a) *Exceso de capacidad productiva*. El mercado interior cada vez más próximo al punto de saturación y los obstáculos que entorpecen la exportación (demandas inelásticas) han provocado el estancamiento de las industrias básicas (cierre de fábricas, reducción de capacidad instalada, desmantelamiento de maquinaria).

b) *Regresión demográfica*. Por primera vez aparecen cifras negativas en el movimiento natural de la población. Tasas de natalidad que hace pocos años giraban en torno al 18 por mil, se están situando a poco más de la mitad; en algunas naciones descienden ya por debajo del 10 por mil, límite crítico que marca el principio de un retroceso demográfico.⁹ Pero la correspondiente reducción de la oferta de trabajo no se dejará sentir hasta dentro de dos décadas, o sea, hacia finales de siglo.

9. En Alemania Federal la tasa de natalidad es del 9 por mil y se estima que baje al 8 por mil en 1985. La población absoluta, que alcanzó un máximo de 62 millones en 1972-73, ha descendido a 60 millones, previéndose que siga descendiendo hasta 58 millones hacia 1990 (Herwig Birg, en *DIW Wochenbericht*, Instituto de la Coyuntura de Berlín, 18 noviembre, 1976).

Entre tanto persistirá la evolución negativa de la coyuntura en su aspecto material (paro endémico, inflación crónica, déficit generalizado) y en su vertiente humana (nupcialidad retrasada, legalización del aborto, uso libre de anticonceptivos).

Ante este sombrío panorama se explica, y hasta se justifica, la aversión tradicional al estado estacionario; pues incluso en las breves fases depresivas de los ciclos periódicos la economía capitalista sufría ya graves quebrantos.

¿Qué salidas se ofrecen al inmediato futuro?

Para evitar a tiempo su desaparición, la burguesía puede acceder a una redistribución del excedente y consentir la participación, incluso la coestión, dentro de una nueva democracia industrial. Pero el denominado «pacto social» ha mostrado ser muy endeble y frágil en la práctica.

En sentido radicalmente opuesto, es de temer que «gobiernos de fuerza» supriman la democracia e instauren dictaduras al amparo de las cuales el patronato reemplazaría al sindicato en la fijación de los salarios, o se dejaría que éstos se hundan en el «mercado libre».

Por su parte, el sector público de la economía nacional, agrupando aquellas actividades que requieren cuantiosas inversiones, costosas investigaciones y largas esperas, podrá mantener en activo muchos puestos de trabajo con escasa o nula rentabilidad, compensando ganancias y pérdidas en una cuenta consolidada de resultados dentro del balance agregado. Pero esta solución implica el riesgo de un deslizamiento hacia el socialismo estatal, incompatible con los principios del liberalismo.

CONCLUSION

A la luz del análisis económico, cuatro siglos de historia nos dicen que el capitalismo ha sido la economía de la era colonial; y el industrialismo, una prolongación del mercantilismo.

En el curso de este largo ciclo temporal el propio capitalismo fue desencadenando aquellas fuerzas latentes que inexorablemente debían llevarle al ocaso: la regresión colonial, la reivindicación del asalariado y, a última hora, la ampliación del sector público de la economía nacional.

La dinámica del capitalismo, conflictiva e inestable, revela así su carácter transitorio, en realidad *transitivo*, pues el sentido filosófico de su evolución es, exactamente, el tránsito dialéctico de un estado estacionario de orden inferior (economía precapitalista) a un estado estacionario de orden superior (economía socialista).

La humanidad sólo podrá subsistir en régimen *permanente* dentro de un estado estacionario, o cuasi-estacionario, exento de contradicciones.

Si, de acuerdo con las reglas dialécticas, toda forma alberga en su seno el germen de la contraforma, el capitalismo es un sistema que, a causa de sus contradicciones internas, crea el antisistema que ha de reemplazarle.

Marx apuntó la contradicción fundamental entre el modo social de producción y el modo individual de apropiarse los medios y los frutos de la producción. El desenlace de esta originaria y elemental antinomia acontece efectivamente cuando el proceso que debería ser irreversible (acumulación ilimitada) se cruza con fenómenos reversibles en la fase crítica de la reversibilidad, momento en que el sistema tropieza con su límite final y definitivo. Habiendo recorrido ya todas las etapas se ve abocado a la ruina y al colapso.

La caída del capitalismo presagiada por Marx se está produciendo, pero de otra forma. En sus días Marx no pudo prever la aparición del fenómeno keynesiano; falleció en 1883, el mismo año en que «casualmente» naciera John Maynard Keynes...